

Rock and Roll Hair of Fame

Andrés Felipe Uribe

11 de mayo-11 de junio de 2011

Cantar a medias

«... hay que aprender a juzgar a una sociedad por sus ruidos, por su arte y por sus fiestas más que por sus estadísticas»

Jacques Attali



Problemas de este escrito:

- 1.- Habla de la obra The Top 100 Rock n' Roll hairstyles, dibujada por una persona mucho más joven que quien firma;
- 2.- Es sobre una obra que ilustra peinados de músicos de rock y quien lo escribe se está quedando calvo;
- 3.- Hablará de arte, sin tener en cuenta que el motivo de su existencia son dibujos sobre música.

Fastidia ver el rock como la banda sonora de la juventud. Es más interesante entenderlo como un vector fundamental en la configuración cultural de esta época, contra el que no vale ningún esfuerzo, ni siquiera el de la dependencia económica. De hecho, vale preguntarse por el perfil de quien comprará esta obra de Andrés Felipe Uribe. Si será una mujer o si verá en ella un manifiesto de rebeldía, una afirmación de sentido gregario. Una de las primeras cosas que puedo decir de esta pieza, sin reconocer al 80% de los personajes que presenta, es que repite el modelo actual del rock: está —muy bien— hecha para producir dinero. Lo segundo que puedo afirmar es que me enseña a respetar la erudición configurada a partir de la investigación de cosas irrelevantes. Me gusta el resultado de esa combinación: generar valor a partir de observar prolongadamente algo inútil. El dibujo que más me gusta es el de la mujer que ilustra este escrito, una metalera europea —según me dicen—, que me atrae porque se parece a la novia de Roger Rabbit. Mal, veo la imagen de una mujer bonita y pienso en otra. Entonces,

pienso que mis deseos son clichés y que el rock es excesivamente machista y que por eso se pierde de algunas cosas. Pero al mismo tiempo me gusta que sea así, por que si no, ¿dónde se sublimarían los instintos de agresión bastardeados por lo politically correct? Desde que lo conozco, siempre he sentido una gran distancia hacia este trabajo de 100 dibujos, quizá porque refuerza una serie de intereses que siempre busqué satisfacer, pero nunca pude resolver. Antes, conseguir música era una combinación de ahorro, búsqueda de información en medios escasos y tener un amigo rico (aunque no tanto como para haberse ido a la India o algo así (esos eran —son— inamables)), que regresara de un viaje en el extranjero... Tuve pocos amigos así y nunca fui capaz de ahorrar. Por eso, odiaba a quienes sabían más de música que yo. Frente a estos dibujos de peinados de cantantes de rock, vuelvo a mi antigua frustración, a resignarme a asumir mi vejez y reconocer que, además, no sé hablar en inglés y que lo único que hago cuando quiero demostrar que una canción me gusta es cantar a medias, o admirar las ilustraciones de las personas que se han dedicado a ponerle imagen a esa música. Creo que por esa vía descubrí el diseño gráfico. ¡Gracias ilustradores del rock!

«Tener dieciséis años y no tener música»

Belén Gopegui

Guillermo Vanegas

Rock and Roll Hair of Fame

Andrés Felipe Uribe

Uno puede pensar en el pelo como en algo que la gente tiene. La gente tiene pelo igual que tiene problemas o narices o libros. Pero también podríamos pensarlo al revés: que los estilos de pelo tienen gente. Es decir, que son un aire, una corriente inmaterial que flota por ahí, buscando cómo encarnarse y lográndolo a veces.

En ese ejercicio, los dibujos de Andrés Felipe Uribe son una herramienta excelente. Los peinados separados de los rostros, convertidos en abstracción, dejan verse en su caótica desnudez como cosas poderosas. Los vemos tan dignos de adjetivación como rostros, como libros, como obras de arte.

Hay en esta serie pelos agresivos (Jorge), coquetos (Simone), distraídos (Kurt) y desesperados (Keith F.), entre muchos otros. Son, claro, peinados de cantantes y quizás por eso resulten especialmente histriónicos. Aunque —otro quizás— también pudo ser ese histrionismo el que atrajo a los peinados, el que los convenció para que se posaran sobre esas cabezas.

El trabajo de Uribe tiene un aire fetichista, algo que el pelo despierta sin mayor dificultad. Cada cabellera está dibujada con neurótico detalle, como si el lápiz acariciara, pelo a pelo, la cabeza del ídolo musical, agradeciéndole las canciones, los recuerdos, las actitudes que nos dejaron. Son también un reto para nosotros los espectadores: de reconocerlos, de saborear sus nombres, de volver a sentir la pasión que despertaron al dibujante. Y una oportunidad de comprobar, de una vez por todas, qué tanto de su considerable encanto residía en sus cabelleras.

Manuel Kalmanovitz G.